

## LA EXPEDICIÓN DE CHINA

Las complicaciones que dieron lugar á la guerra de China tuvieron su origen en sucesos ocurridos muchos años antes. Sabido es que el Celeste Imperio había tenido constantemente el empeño de aislarse del resto del mundo; pero este propósito no lo pudo realizar tan en absoluto que no penetraran en el país algunos misioneros europeos que predicaron el Evangelio consiguiendo hacer bastantes prosélitos. Tras los misioneros llegaron á sus costas algunos negociantes, y el afán de lucro que trae consigo el comercio hizo que se abriera á Europa un solo puerto, el de Cantón, por más que el gobierno de Pekín, no pudiendo hacer otra cosa, limitara el número de chinos autorizados á tratar con los europeos y procurara causar á éstos toda clase de vejámenes que les obligaran á desistir de sus empresas comerciales.

Esto no obstante, Inglaterra, merced á un contrabando organizado con inteligencia, esparcía por las costas de la China inmensas cantidades de opio, que le producían pingües ganancias, gracias á la vergonzosa pasión que los chinos tenían y tienen á fumar esta substancia. La corte de Pekín, en vista de la extensión que el tráfico adquiría, se decidió á prohibirlo, y el 7 de junio de 1839 el comisario imperial de Cantón, después de cercar las factorías europeas, se apoderó de veinte mil cajas de opio que arrojó al mar. Entonces comenzó entre Inglaterra y China la contienda que se hizo famosa con el nombre de *guerra del opio*.

De esta lucha resultó un tratado celebrado primero entre el Celeste Imperio é Inglaterra y hecho extensivo después á Francia y los Estados Unidos en 1844, y en virtud del cual China desistió por vez primera de su política de aislamiento. El Imperio cedió á la Gran Bretaña la isla de Hong-Kong, y abrió al tráfico otros cuatro puertos, Emuy, Fu-cheu, Ning-po y Shanghai. Francia adquirió el protectorado sobre la Iglesia católica, el cual había dado lugar á muchos conflictos desde la subida al trono del emperador Hienfong, que era enemigo acérrimo de los extranjeros. Ocurrió uno de estos conflictos á principios de 1855 con motivo del horroroso asesinato de un misionero francés, y como por aquel mismo tiempo las autoridades chinas capturaran un barco con bandera inglesa, negándose á devolverlo, y los ingleses bombardearan el puerto de Cantón, siendo este bombardeo causa de que el virrey incendiara las factorías europeas, mu-

chas de las cuales eran francesas, Napoleón III se unió á Inglaterra para castigar á los chinos.

El emperador francés no abrigaba sólo este propósito al unirse á la Gran Bretaña en esta cuestión, sino que tenía otra mira oculta. Inglaterra dominaba en Hon-Kong, Cantón y Shanghai; en todas partes se encontraba, y tenía en la población china de los puertos clientes que no conocían más que á los cónsules ingleses, la bandera inglesa y el idioma inglés. Asociarse á la Gran Bretaña, no tan sólo era ayudarla, sino también contenerla y obligarla á limitar sus ganancias, ó al menos compartirlas con ella.

Una escuadra á las órdenes del almirante Rigault de Genouilly tomó á fines de diciembre de 1857, en unión de la escuadra inglesa, la ciudad de Cantón; pero con esto no quedó vencida la resistencia de los chinos, y no habiendo dado tampoco resultado la mediación de Rusia ni la de los Estados Unidos, los aliados tuvieron que tomar disposiciones más enérgicas. En mayo de 1858 se dirigieron sus escuadras al golfo de Petchili, llegaron á la desembocadura del Pei-ho, destruyeron los fuertes de Taku que la defendían y subieron por aquel río hasta Tientsin, ciudad situada á unas treinta y cinco leguas de la capital. Entonces los chinos, atemorizados, consintieron en capitular, y en 27 de junio de 1858 se firmaron otros tratados en virtud de los cuales se abrieron nuevos puertos al comercio europeo, se declaró libre la navegación del Yan-tse-Kiang, se permitió á los misioneros transitar y predicar libremente por todo el imperio y se estipulaba una indemnización de guerra é importantes reparaciones. La ratificación de este tratado debía hacerse en junio de 1859 en Pekín, donde en adelante debían establecerse embajadas permanentes de Inglaterra, Francia, Rusia y Estados Unidos.

El día fijado, los embajadores de Francia y de Inglaterra, Bourboulón y Bruce, salieron de Shanghai á bordo de una escuadra mandada por el almirante inglés Hope para proceder al cambio de las ratificaciones del tratado; pero al llegar á la desembocadura del Pei-ho la encontraron interceptada; y los cañones de los fuertes chinos reconstruidos de Taku impidieron la entrada de los buques, si bien el gobierno chino envió un mensaje ambiguo á los plenipotenciarios diciendo que estaba dispuesto á dejarlos pasar siempre que lo hicieran por otro camino. Considerada esta pretensión como un ultraje, el almirante Hope mandó hacer fuego contra los fuertes, y el 25 de junio desembarcó sus fuerzas y mandó dar el asalto; pero sus tropas, cogidas entre los fuegos cruzados de las baterías chinas y empantanadas en aquellos terrenos fangosos, tuvieron que replegarse á los buques á pesar de sus heroicos esfuerzos. En este lance los ingleses perdieron cuatrocientos treinta hombres y quince los franceses, el mismo almirante Hope salió herido y la escuadra tuvo que retirarse á Shanghai. Por una curiosa coincidencia se trabó este combate al día siguiente de la victoria de Solferino. El ultraje no podía quedar impune.

Napoleón III tuvo noticia de este descalabro en el mes de septiembre ha-

lándose en Biarritz. Comprendió que exigía una pronta y ejemplar venganza, tanto más cuanto que el gobierno chino se negaba á dar toda satisfacción; pues en Pekín dominaban las corrientes belicosas, fomentadas por Sang ko-lin-sin, jefe del partido de la guerra y el mejor de los generales del Celeste Imperio. A pesar de una ligera vacilación por parte de Inglaterra, el gobierno francés y el de esta última potencia llegaron á ponerse de acuerdo y organizaron una expedición compuesta de ocho mil franceses y doce mil ingleses, provista de todo lo necesario para una campaña en aquellas remotas latitudes. Los franceses se creían entonces invencibles; tenían la pasión del peligro y de la gloria; por eso cuando el ministro de la Guerra dirigió á los jefes de los cuerpos una circular abriendo en ellos una recluta voluntaria, se presentaron más oficiales y soldados de los que era menester. La Gran Bretaña sacó su gente de la que tenía en la colonia del Cabo y en sus provincias del Indostán. Napoleón quería confiar el mando de sus tropas al general Trochu, que se había distinguido notablemente en la campaña de Italia: pero como no aceptase el cargo, se designó por indicación del general Fleury al general Cousin de Montaubán, antiguo militar de África, que á pesar de sus sesenta y tres años estaba aún dotado de la energía y capacidad necesarias para tan arriesgada empresa, y al cual se dieron toda clase de facultades, no sólo las militares, sino también las diplomáticas y las que tenían relación con la marina. Los ingleses confiaron el mando de su cuerpo expedicionario al general Hope Grant, militar envejecido en el servicio de las colonias; pero en la dirección de la empresa ejerció la principal influencia lord Elgin, embajador británico en China, personaje altanero, aunque cortés, activo, tan absoluto como resuelto y tan propenso á intervenir en los asuntos diplomáticos como en los militares.

A principios de diciembre de 1859 comenzó en Tolón el embarque de las tropas francesas; pero no estando aún por entonces abierto el canal de Suez, la expedición tuvo que hacer la travesía dando la vuelta entera al Africa, y como invirtió en ella cinco meses, llegó el mes de abril antes que aquélla pudiera desembarcar cerca de Wusong, en la proximidad de Shanghai, y ocupar la isla de Chusán. El general Montaubán se había anticipado pasando á China por la vía del istmo de Suez, é instalado en Shanghai, se ocupaba activamente en la preparación de la guerra.

Tres días antes de la llegada de la expedición francesa á China, los representantes de las potencias aliadas, Bourboulón y Bruce, dirigieron al gobierno de Pekín un ultimátum en que se exigían satisfacciones formales por el último ataque delante de los fuertes del Pei-ho; reclamaban una indemnización de guerra y estipulaban que se habían de canjear en Pekín las ratificaciones de la paz. La respuesta no se hizo esperar: consistía en una rotunda negativa á toda avenencia. En su consecuencia, el ejército aliado, fuerte de diez y ocho mil hombres, fué conducido á principios de junio de 1860 á Che-fu, en el golfo de Petchili, para desde allí emprender las operaciones contra los fuertes de Taku.



BATAJIA DE PAILIKIAO

Con los generales tomaron pasaje los dos embajadores, el de Francia, barón Gros, y el de Inglaterra, lord Elgin, ambos recién llegados de Europa, el primero inclinado á limitar la empresa más bien que á llevarla á su último extremo; el segundo, soñando con soberanías, conquistas y adquisiciones de territorio.

La lentitud con que llegó el material de guerra retrasó las operaciones hasta el 30 de julio, y aun entonces los progresos de los aliados fueron muy lentos; pero el 21 de agosto se pudo dar por fin el asalto á los fuertes de Taku, que eran cuatro, dos en cada orilla del río, y aunque los chinos habían levantado en ellos importantes defensas, abierto fosos y construido empalizadas, sólo opusieron resistencia en uno, cediendo por fin al empuje de los expedicionarios, quienes les hicieron gran número de muertos, así como cuatro mil prisioneros, y se apoderaron de quinientos diez y ocho cañones á costa de unas cuatrocientas bajas entre muertos, heridos y contusos.

Entonces renunciaron los chinos á la defensa del camino de Tientsin y de esta misma ciudad, en la cual entraron los aliados el 24 de agosto, siendo favorablemente acogidos por los habitantes. El gobierno de Pekín destituyó al general Sang-ko-lin sin, y envió á Tientsin un representante, el ministro Kwei-liang, para entablar negociaciones á fin de «establecer las bases de una paz eterna.» Estas negociaciones marcharon muy bien en un principio; pero en realidad lo que querían los chinos, con su doblez habitual, era ganar tiempo para atacar á los aliados con fuerzas superiores. La partida inesperada y secreta del enviado chino abrió á éstos los ojos, que emprendieron inmediatamente la marcha con ocho mil hombres desde Tientsin á Pekín, dejando en la primera de estas ciudades una fuerte guarnición; antes de llegar á Tung-chao se presentaron otros dos comisionados chinos para reanudar las interrumpidas negociaciones; mas por lo que después se vió, con la misma mala fe de costumbre. La confianza de los europeos fué causa de que cayeran en una emboscada el intérprete M. Parkes y otros varios oficiales y soldados que se llevaron prisioneros los chinos.

Éstos, envalentonados por disponer de un numeroso ejército tártaro que habían logrado reunir durante las conferencias, se prometían exterminar á los europeos; pero la disciplina, el empuje y la precisión de los aliados en los disparos y en los movimientos lograron sobre aquellas masas confusas en Tchang-kia-uang una victoria que las desconcertó, huyendo precipitadamente para tomar nuevas posiciones cerca de Tung-chao y cubrir así el camino de Pekín.

El ejército aliado prosiguió su marcha de avance hasta encontrar otra vez al enemigo. Al amanecer del 21 de septiembre los franceses levantaron su campamento, y los ingleses un poco más tarde. Los primeros debían marchar directamente sobre Palikiao; los segundos, extendiéndose por la izquierda, llegar á un puente de madera situado más arriba, atravesarle y caer sobre el enemigo cogiéndole por su flanco. Los franceses encontraron pronto los primeros exploradores chinos y los obligaron á replegarse. Entonces se desplegó ante ellos toda

la caballería tártara formando un inmenso arco de círculo. Aquellas masas enormes trataron de romper muchas veces las filas francesas, pero sus esfuerzos se estrellaron siempre contra la tranquila energía de la infantería que aguardaba á pie firme á sus adversarios y los acribillaba á balazos mientras la artillería les dirigía certeros disparos. Después de muchos movimientos ofensivos, los escuadrones enemigos escarmentados acabaron por desaparecer. Dueños los europeos del terreno, corrieron hacia el puente de Palikiao donde los chinos habían reunido su mejor infantería. En medio de los soldados tártaros se veían algunos altos personajes ricamente vestidos agitando banderas bordadas de oro, y que con un valor digno de mejor suerte avanzaron tres ó cuatro veces hacia el puente para animar á sus tropas á rechazar la acometida de los franceses. Uno tras otro fueron cayendo abrazados á sus banderas, mientras sus soldados, ya en parte desbandados, retrocedían más allá del canal, se diseminaban por todas partes y huían en dirección de Pekín.

Tal fué la victoria de Palikiao, que valió al general Montaubán el título de conde, y que se adquirió á costa de escasas pérdidas. En el parte que dió este general al ministro de la Guerra calculaba en cuarenta á sesenta mil el número de los enemigos, y añadía: «Todo esto es tan extraño, que para formarse idea de nuestros triunfos hay que remontarse á la más alta antigüedad y recordar las victorias constantes de unos cuantos puñados de soldados romanos sobre las hordas bárbaras.»

Nuevamente pretendieron los chinos ganar tiempo para rehacerse, enviando al campamento anglo-francés al propio hermano del emperador, el príncipe Kong, con objeto de reanudar las negociaciones; los aliados le dieron oídos en un principio, pero exigiendo que ante todo se les habían de devolver los prisioneros que los chinos se habían llevado en rehenes, exigencia á la que Kong contestó con evasivas y subterfugios que demostraban una vez más la mala fe con que en los tratos se procedía, en vista de lo cual franceses é ingleses, repuestos de municiones y de víveres y en número de nueve á diez mil hombres, prosiguieron el 5 de octubre su movimiento de avance, y sabiendo que el enemigo se había replegado hacia Yuen-nim-yuen, lugar célebre situado á pocos kilómetros al NO. de Pekín y en donde se hallaba el Palacio de verano del emperador, hacia allí se encaminaron.

No encontraron al enemigo; en cambio disfrutaron de un espectáculo digno de las *Mil y una noches*. El llamado Palacio de verano no era en realidad un solo edificio, sino una serie de palacios de diferentes dimensiones, kioscos, pagodas, jardines, lagos, etc. Las tropas francesas penetraron allí con las mayores precauciones, temerosas de una asechanza, pero no encontraron ni un chino armado. En breve los tesoros de la suntuosa residencia atraieron las miradas con preferencia á todo. «Todos los donativos voluntarios de los súbditos agradecidos, dice P. de la Gorce en su *Historia del Segundo Imperio*, todos los rescates de los vasallos culpables, todos los presentes de los príncipes tributarios deseosos